la ciudad maritainiana de la persona humana coincide, en la realidad concreta y existencial, con la ciudad secular de la impiedad. Medimos todo el alcance de nuestra afirmación y desafiamos muy formalmente a cuantos la consideren falsa o exagerada a que así lo demuestren.» Después de leer las páginas de las dos obras que hemos ahora rápidamente señalado, resulta en verdad difícil no estar en el más completo acuerdo con el escritor argentino.

Creemos de suma utilidad estas dos obras, así como su difusión, aquí en España. Serán ellas el mejor preservativo contra un posible influjo del espíritu maritainiano en algunos ambientes españoles; influjo que, sin saber por qué, consideramos casi casi como probable... y que, demás está el decirlo, es preciso evitar a todo precio.

OSVALDO LIRA, SS. CC.

ESTADOS UNIDOS FRENTE A HISPANOAMERICA

El presente libro (1) es sencillamente un directo y en muchos casos justificado ataque al imperiolismo yanki, en sus facetas económica, política e ideológica, y un encendido canto al nacionalismo hispanoamericano, no muy acorde con la entusiasta defensa que en él se hace de la democracia popular—léase comunismo internacional—y de la «democrática y pacífica» U. R. S. S.

En el aspecto jurídico, la obra se inicia con la defensa de la soberanía nacional, hace historia de todas las legislaciones ecuatorianas desde que este país, encuadrado en la Gran Colombia, consiguió su emancipación de la Corona española, y considera que la Constitución de 1946 es una traición a la soberanía nacional, porque en el segundo inciso del artículo 4.° se hace entrega de la soberanía a Estados Unidos. Llega a esta conclusión mediante el original sistema de eliminación siguiente: el artículo en cuestión dice textualmente: «El territorio nacional comprende, además de las provincias continentales, situadas en América del Sur, las islas adyacentes, el Archipiélago de Colón o de Galápagos, el Mar Territorial, el subsuelo y la atmósfera respectiva.»

«El territorio nacional es inalienable y no se podrá celebrar pacto alguno que afecte a su integridad o que menoscabe la soberanía

(1) MANUEL MEDINA: *Estados Unidos y la independencia de América Latina.* Artes Gráficas Senefelder, C. A. Ltda. Guayaquil, 1947. 240 páginas.

nacional, sin perjuicio de los deberes impuestos por la Comunidad Jurídica Internacional.»

La última parte de este inciso ha servido de base al autor para la fundamentación de su teoría, que desarrolla de este modo: Hay tres Comunidades Jurídicas Internacionales aplicables en América: la Hispanoamericana, la de Naciones Unidas y la Panamericana. La primera—y esto, desgraciadamente, es verdad—no ha cristalizado en algo positivo, no ha pasado de ser un mero proyecto, y, por tanto, no teniendo fuerza orgánica suficiente para asumir la defensa del patrimonio común, menos la tendrá para «imponer obligaciones». Analiza la Carta de las Naciones Unidas, y haciendo incapié en la declaración de que igualdad soberana comprende el respeto de la personalidad del Estado, así como su integridad territorial e independencia política, determina que la O. N. U. no puede, por principio, «imponer obligaciones» que afecten la integridad de ningún Estado. Descartadas las dos anteriores, sólo resta la Comunidad Panamericana, dominada de hecho, dice, económica y políticamente por Estados Unidos y con residencia en Washington.

A continuación hace un estudio comparativo de las Constituciones americanas en lo relativo a soberanía nacional, que analiza a fondo, aplaudiendo la posibilidad apuntada en varias de ellas de tornar a la República centroamericana que fundara el Libertador Bolívar; destaca las del Brasil, Argentina y Estados Unidos, que admiten la agregación de nuevos Estados en sus confederaciones; censura las de Panamá y Nicaragua por la concesión que en materia de canales y, por tanto, de territorialidad nacional, hacen a Estados Unidos, si bien reconoce y demuestra terminantemente que dichas Constituciones fueron promulgadas bajo la presión político-económica del gobierno yanki; y acaba con la conclusión de que el artículo 4.º de la Constitución ecuatoriana de 1946 puede poner al país en análoga situación de coloniaje en favor de sus poderosos vecinos. Aprovecha la coyuntura para atacar duramente al capitalismo, a la vez que encomia la revolución rusa de 1917, y cita, entusiasmado, a Lenin.

En el ámbito político-económico, el libro acierta más en lo económico que en lo político. Encabeza otro de los apartados de su tesis bajo el epígrafe de «La comunidad americana», derivando la profunda diferencia económica e industrial de las dos Américas, de la casuística opinión de ser los colonizadores ingleses muy activos y laboriosos, y los españoles y portugueses lo contrario. La tesis es arbitraria en su conceptuación, pues acierta únicamente al declarar que la verdadera doctrina de Monroe es la de «América para los ame-

ricanos... del Norte». Mantiene enérgicamente que el panamericanismo surge como instrumento del gran capital norteamericano en la lucha por su hegemonía, demostrando con interesantes estadísticas la dependencia de Hispanoamérica a Estados Unidos, y recoge esta realidad plena. Lanzado al campo económico, ataca los grandes «trusts», «cartels» y monopolios, para demostrar su internacionalismo, poniendo de manifiesto el contacto existente entre firmas industriales antes, durante y en la postguerra del 14 y de la última mundial, tanto franceses e ingleses como alemanes y americanos, llegando a la conclusión de que las guerras intercontinentales modernas no son sino el resultado de la práctica capitalista; y, como final, apostrofa al imperialismo norteamericano con el calificativo de heredero directo del fascismo, al que, como es de ritual entre la «intelectualidad consciente», ataca hermanándole con el monopolismo imperialista.

En el campo ideológico, toda su tesis está influída de la doctrina comunista de Marx, Engels y Lenin; aplaude la posición sectaria de Henry Wallace y Lombardo Toledano, y repudia el régimen de Estados Unidos, Argentina y España, por constituir lo que él dice el nuevo eje Wáshington-Buenos Aires-Madrid.

En una palabra: combate la doctrina de Truman por considerarla inspirada en el interés del capitalismo yanki; el Plan Marshall no es más que la posibilidad que tiene Estados Unidos de evitar la próxima y gran crisis económica que se avecina, como resultado de la grandiosa superproducción a que está lanzado desde la guerra, y para cuyo consumo necesita la demanda del mercado mundial, que, como carece de dólares, tiene que pedírselos en préstamo al primer país productor de la tierra, que de esta forma mediatizará la reconstrucción eurásica y el incremento del potencial económico intercontinental. El Plan Clayton, de libertad económica para América, lo enjuicia como el procedimiento para entorpecer el desenvolvimiento económico de Hispanoamérica; y el Tratado de Defensa del Hemisferio Americano, como creado en beneficio exclusivo de Estados Unidos, y no para ser empleado en una guerra defensiva, sino para una guerra ofensiva, como lo demuestra el hecho—afirma—de no querer devolver las bases militares que obtuvo durante la pasada conflagración, y que le servirán, arrastrando a toda América, para lanzarse contra la democrática U. R. S. S., a la que considera punto menos que ángel tutelar de la Humanidad, por contraposición al juicio que le merece Estados Unidos, y que queda condensado en el siguiente párrafo, inscrito en la página 224 de su libro: «Manejado

por las insaciables ambiciones monopolistas de dominación mundial, el gobierno norteamericano ha tomado decididamente el atajo de la expansión, amenaza a la soberanía de los pueblos, socava la Organización de las Naciones Unidas y pone en peligro la paz del mundo.»

GABRIEL DE HERRERO.

FUNDAMENTACION DE LA EDUCACION

En un momento en que las técnicas auxiliares se han desarrollado de manera prodigiosa, como nunca se había visto en la Historia, y cuando no hace todavía muchos años que las ilusiones forjadas en torno al ininterrumpible progreso del hombre hacían despreciar por la sociedad a todo agorero de desgracias, las voces que en tiempos fueron discordantes hoy son las que dan la tónica del presente. Esto es reconocer la constante cantilena de presentar nuestro momento en angustiosa encrucijada, que ha exigido de los educadores una revisión de sus puntos de partida.

Lo más significativo es que no se trata solamente de voces europeas, lo cual no extrañaría hoy a nadie, sino que estas voces llegan también de América. Con respecto a esta nueva dimensión de hombres que buscan nuevos rumbos frente a lo que fué la etapa postrevolucionaria, es de resaltar cómo han terminado en la misma distensión espiritual del Viejo Continente, con lo que se demuestra que no han logrado emanciparse culturalmente y lograr un dominio autónomo en la vida del espíritu.

En esta situación, resulta característica la postura de Rosario Rexach (1), que, con profundidad poco acostumbrada, plantea cuál debe ser la fundamentación de la educación, ya que «tal vez—si exceptuamos a Grecia—no haya otro momento en la historia de Occidente en que la educación haya tenido tanta importancia como en la actualidad», lo cual exige, por consiguiente, una revisión total de supuestos que, debido a su falta de cimentación espiritual, se tambalean.

La raíz de la educación «parte de un ser y tiende a un deber ser», «asienta su raíz en una realidad natural y aspira a una norma que, como tal, es ideal». Con este concepto se aprecia una inicial postura

(1) ROSARIO REXACH: *El problema de los fines y los medios en la educación*. Aparte de la «Universidad de La Habana». La Habana, 1948. 25 páginas.

superadora de todo rousseaunianismo decimonónico y naturalista. La educación no consiste en hacer desarrollarse la espontaneidad del individuo, sino en hacerle vivir el ideal que debe presentársele con la mayor perfección posible.

La educación humanista, atacada por el liberalismo, vuelve a presentarse como meta ideal. «Cuando el énfasis se ha puesto en el primer término, la educación ha sido liberal, asistemática en gran parte, cultivadora de la espontaneidad, además de individualista en alto grado. Y una cierta anarquía ha parecido reinar en las agencias educativas. En cambio, cuando la balanza ha caído del lado de lo objetivo y normativo, la educación se ha hecho sistemática en gran medida, lógica más que vital, y el orden y la disciplina, en oposición a la anarquía, han caracterizado los regímenes docentes.»

La mayor dificultad estriba en el logro de la clara delimitación del ideal a que debe tender el individuo como logro de la educación. No basta decir que ha de ser ideal de perfección, lo cual no es todavía norma. «... es la cultura la que ofrece la norma objetivo-ideal a la cual trata el hombre de conformar su ser.» (Ha de tenerse en cuenta que aquí se emplea el término cultura en su sentido técnico de la Morfología de la Historia.) La cultura es un producto del espíritu del hombre, no de un solo hombre, sino por la colaboración común: «es, pues, un hecho que está ahí, de modo general, frente a cada hombre en particular».

Toda cultura lleva implícita en sí una imagen del hombre que se ofrece como arquetipo sobre su base primigenia de cristianismo, pero, al disecar su auténtico sentido religioso, se ha desvirtuado y la imagen del hombre que ofrece no colma las aspiraciones del individuo.

Por esto, la tarea del educador es doble. En primer lugar, una, que rebasa sus fuerzas: la reintegración de la cultura occidental, como espíritu objetivado, en la cual germine nuevamente el auténtico ideal. Una segunda, acertar a plasmar este ideal en la juventud como suprema aspiración: «infiltrar en cada joven la conciencia de un deber ser al que debe aspirar».

Este planeamiento aboca a la exigencia de una clasificación conceptual de los fines de la educación, tan nebulosos actualmente en la mayor parte del mundo, a diferencia de los medios que, por su profusión y perfeccionamiento, ocultan los fines, desvirtuando la educación.

C. L.

CRISTO EN LOS EVANGELIOS

Filósofo y poeta nacido el 16 de diciembre de 1863, en Madrid, y trasladado pronto a Estados Unidos en 1872, bachiller en Artes por Harvard en 1896, licenciado y doctor en 1889, profesor de Historia de la Filosofía en la misma Universidad de 1889 a 1911, ciudadano, por fin, del mundo en múltiples cursillos y conferencias filosóficas por Londres, Oxford, París y Roma, Jorge Santayana nos ha dado en el ocaso ya de su vida la idea de Cristo en los Evangelios.

Le sabíamos ya antes y después de la última guerra mundial en Roma, pero no, como nos anuncia la Editorial Sudamericana (1), «en un convento preparándose para la muerte». Cuando tenía dieciséis años, y aun con los veinte todavía, entendía por fe—nos lo ha dicho él—la fe católica romana. Más tarde, al oponer la fe a la razón, entendía por fe lo que dice relación al orden existencial, lo que se nos impone en los supuestos todos de la cotidianidad humana. Hoy vuelve, por lo visto, a la fe tradicional de sus padres que le fué dado respirar los cortos años de su infancia en Avila y Madrid. Pero ¡con cuántas influencias extrañas a la fe pura de sus mayores y a la ciencia teológica de su raza!

La obra de Santayana viene dividida en dos partes: estudia, en la primera, la idea de Cristo, que nos dan los Evangelios, para elevarla, en la segunda, a consideraciones filosóficas sobre el mismo tema. Pasan a los ojos del lector, en la primera, los capítulos de la inspiración, del carácter de los cuatro Evangelios, del Mesías, del Hijo de Dios, del Hijo del hombre, de los milagros, de las parábolas, de las profecías, de las oraciones, de la Pasión y Resurrección del Señor. El teísmo monárquico, el concepto de la oración, la paternidad de Dios, el moralismo, el amor de Dios al hombre y del hombre a Dios, la psiquis animal y el alma sobrenatural, finalmente la autotrascendencia, dan pie a otras tantas meditaciones filosóficas desarrolladas en la segunda.

Se observará, desde luego, que los temas de esta segunda parte van mejor con la pluma y la preparación filosófica del autor, mientras que los de la primera requerían una pluma más especializada en la difícil y delicada ciencia neotestamentaria. Por lo mismo, abun-

(1) JORGE SANTAYANA: *La idea de Cristo en los Evangelios*. Traducción de Demetrio Náñez. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1947.

da más en ésta las inexactitudes y errores de bulto, fruto de sus lecturas en críticos liberales y racionalistas, como sospechamos.

Partiendo de una noción vaga y abiertamente falta de la inspiración, lanza ideas tan antihistóricas e inquietantes como la de los Evangelios escritos a la luz de las profecías dentro de la segunda y tercera generación cristianas: «Aquí se justificaba la fe internamente, basándose en el mismo principio, que el filósofo Bradley recomendaba a los metafísicos ingleses del siglo XIX: Si una cosa debe ser y puede ser, entonces esa cosa es... Entonces quien se proponía escribir un Evangelio, no esperaba a consultar testigos o comprobar sus propias memorias o presunciones, sino que procuraba más bien juntar un grupo de almas piadosas que ayunaran y reunieran sus diversas inspiraciones» (pág. 27). De ahí que los Evangelios no fueran «obras históricas, sino productos de la inspiración, reunidos una o dos generaciones más tarde» (págs. 13-14), «con sus mezclas de preceptos, leyendas y teología» (pág. 26).

Apenas hay capítulo y casi página de este libro en que no tropiece uno con ideas que impongan reservas parecidas. Así, esa su visión del primer Evangelio, donde «todo huele a composición secundaria» (pág. 40); así, esa su incomprensión de San Lucas, con su «composición desigual y deslucida» (pág. 43), y donde el texto «ha sufrido interpolaciones» (pág. 48), y «el efecto es un equívoco angustioso, la perplejidad o la protesta en el pobre público, y una retirada llena de anatemas por parte del profeta» (pág. 49).

Pues ¿qué decir de su exégesis de las bodas de Caná (págs. 56-57), de la promesa de la Eucaristía (págs. 50-52), de la cuarta palabra del Señor en la Cruz (págs. 165-168), o del diálogo de Cristo con María la mañana del domingo junto al sepulcro (págs. 204-205)? Y la misma parábola de la higuera infructuosa, símbolo material de la esterilidad judía en el término ya de la vida pública del Señor, pasa con este comentario por su pluma: «Pero ¿por qué había Dios de ponerse impaciente y castigar a una higuera, porque no daba higos? Y ¿por qué el evangelista, o los copistas, no sacaron de la narración esta embarazosa e inedificante anécdota, como probablemente apócrifa?» (pág. 111).

Unas veces son inexactitudes históricas, otras dogmáticas, las que se escapan a la pluma del filósofo-poeta. Así, ese Lázaro «muerto hace cinco días» (pág. 107); así, esa oración de Cristo «rogando ante una parte de su persona» (pág. 162); así, esa institución de la Eucaristía «evidentemente no comprendida por los Doce de la última cena, ni tal vez por los evangelistas que la relatan, pues Juan la omite totalmente» (pág. 109).

¿Qué más? En una negra visión calvinista de la vida se le hace a Dios responsable de nuestros delitos y pecados, «ya que Dios conocía anticipadamente el mal uso que los hombres habían de hacer de su libertad, así como el castigo eterno que por ello habían de sufrir; a pesar de lo cual escoge crear este mundo y ayudar a los pecadores a que cometan todos los delitos así escogidos, pues sin El ni habrían existido tales pecadores ni habrían deseado ni cumplido nada» (pág. 237).

Y se le atribuye al mismo Cristo, en una interpretación totalmente desenfocada de los textos evangélicos, una como complacencia en las severidades divinas: «El acepta como natural la dura economía de la naturaleza, donde el sol brilla igualmente sobre el justo y sobre el injusto, donde al que tenga se le dará aún más, donde unos serán tomados y otros dejados, y donde será el llanto y el crujir de dientes. Hasta parece como si Cristo tuviera el placer firme en tales severidades, las que manifiestan la virtud de Dios constituída por sus prerrogativas» (págs. 255-256):

Y pudieran continuarse aún sin término las observaciones y las citas. Latino de pensamiento y de gustos, Santayana había tomado como por instinto en sus obras filosóficas la defensa del espíritu en pleno pragmatismo, contraponiendo tendencias humanísticas y estéticas a aquellas más acentuadamente trascendentales de la filosofía alemana. Cantaba, como él mismo dijo alguna vez, a la puerta de la Iglesia; mas para dejarla convertida en mera emoción embellecedora sin base alguna objetiva. La fe católica era para él un error espléndido, un fenómeno psicológico-social, que embellece y poetiza la historia.

Si el filósofo-poeta ha entrado, según se nos asegura, en la Iglesia, hay que reconocer que la Iglesia, en su doctrina al menos, no ha entrado en él. Y eso que, según nos comunica, no sin fines propagandísticos, la Editorial Sudamericana, esta obra de *La idea de Cristo en los Evangelios* «es desde luego la exposición más reveladora del sentir religioso del filósofo que nació en Madrid, tuvo larga vida de profesor ilustre en Norteamérica y está ahora en un convento de Roma preparándose para la muerte».

Es verdad que los temas abordados en su libro por Santayana no eran los más indicados para él y requerían una preparación y conocimientos que él no poseía. Mas el ambiente racionalista respirado por él en universidades, libros y revistas protestantes durante casi toda una centuria, le deformaba positivamente para ello. Pero aun así debió de informarse en fuentes más puras antes de ponerse a escribir su idea de Cristo en los Evangelios.

Y aún nos permitiríamos darle un doble consejo. El primero es que, mientras Dios le conserve su salud y fuerzas, dedique su fácil y sugerente pluma a temas estéticos, humanísticos, filosóficos y literarios, que van mejor con sus conocimientos y sus estudios pasados. Eso sí, tratados y transfigurados con aquel nuevo espíritu con que sabe tocar y transfigurar el cristianismo todos los aspectos de la cultura y de la vida.

Y si a la vez se extendiera a estudiar y meditar más el dogma católico y las Santas Escrituras, particularmente los Evangelios, en fuentes más depuradas y seguras, se hallaría en el término ya de la vida, cuando caigan las sombras y se haga la luz, mucho más cerca de aquella verdad, cantada en el epitafio de su propia tumba por el convertido Newman: *Ex umbris et imaginibus inveritatem.*

VICTORIANO LARRAÑAGA, S. J.

LA FILOSOFIA ESPAÑOLA ACTUAL

Con este título ha aparecido una obra de Julián Marías (1), conteniendo cuatro ensayos, los dos últimos más breves, sobre Unamuno, Ortega, Morente y Zubiri. En un momento en que tanto se habla de la actual situación de la Filosofía en España, el título parecía prometer una visión global de la misma, pero su contenido no responde a esta esperanza por dos motivos: por ser parcial el tema desarrollado y por haber desaparecido ya dos de las cuatro figuras estudiadas, y la palabra *actual* da un sentido de presencialidad mucho mayor que la mera continuidad de los discípulos.

Este ocasional reparo no quita interés a la obra, sobre todo teniendo en cuenta el punto de vista del autor, su «perspectiva» que diríamos, ya que contempla la Filosofía desde su escuela: «Estos cuatro nombres significan lo más granado que la Filosofía ha producido en España en este tiempo, después de tres centurias de casi total ausencia; repárese en lo que esto supone, sobre todo si se tiene en cuenta que, aparte de Unamuno, cuyo papel fué otro, han constituído esa realidad que se llama una *escuela filosófica*, de la cual me honro en ser uno de sus últimos eslabones.»

Los cuatro ensayos que integran el conjunto de la obra son de di-

---

(1) JULIÁN MARÍAS: *La filosofía española actual.* Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1948. 147 páginas.

ferente carácter. Después de ver su unidad, lograda presentando a Unamuno como el maestro rompedor del camino y a Ortega como creador de la escuela, es necesario descender a cada uno para apreciar sus características.

Con acierto titula Julián Marías *Genio y figura de Miguel de Unamuno* el primero, y para enjuiciarlo adecuadamente es preciso recordar el *Miguel de Unamuno* (Espasa-Calpe, 1943) del mismo autor. Muy bien podría considerársele como una hermenéutica introductoria al estudio del pensamiento filosófico de Unamuno, ya que plantea el medio ambiente de este pensador, su figura, características de su personalidad, así como la expresión de que su pensamiento buscase como medio de expresión determinados géneros literarios.

El más interesante de los ensayos es el segundo, dedicado al tema de la vida y la razón en la filosofía de Ortega. Puede afirmarse que es la mejor y más clara exposición de la *razón vital* que se ha hecho. En primer lugar estudia el tema de la vida, principalmente a base de las obras de Ortega anteriores a 1927, así como el perspectivismo, pasando luego a ver cuál es la caracterización de la razón en su función vital, tanto frente al racionalismo como al irracionalismo. Seguidamente toma el *Prólogo* de Ortega a un libro de caza (2) como la mejor ejemplificación de «la razón vital en marcha», para lo cual las páginas, profundas y de maravilloso estilo, de Ortega son el camino que sigue en la aplicación de la razón vital como método.

El legado filosófico de Manuel García Morente se titula el tercer ensayo, de mucha menor extensión, en el cual, con cordial afecto, resalta los valores de un hombre dedicado al magisterio filosófico. Es interesante que destaque la continuidad entre su pensamiento antes y después de su conversión. En el último ensayo, *Zubiri o la presencia de la Filosofía*, presenta a otro maestro, en el mismo tono cordial, pero de tipo opuesto a García Morente, rehuyendo la diafanidad para presentar la Filosofía en toda su desnuda dificultad.

De esta manera resulta una obra necesaria para conocer la escuela de Ortega en sus principales manifestaciones.

CONSTANTINO LÁSCARIS-COMNENO.

(2) CONDE DE YEBES: *Veinte años de caza mayor*. Espasa-Calpe. Madrid, 1943.

OBRAS COMPLETAS DE HINOJOSA

El Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, dependiente del Ministerio de Justicia y del C. S. de I. C., inicia su serie de «Obras de carácter general» con la publicación de las de Hinojosa, maestro de una fecunda y bien orientada escuela de historiadores del Derecho español. Los continuadores del insigne historiador, siguiendo sus luminosas huellas, al utilizar sus orientaciones y metodología fundaron el *Anuario de Historia del Derecho*, que se complace en editar los trabajos del inolvidable maestro que informan esta rama del Derecho.

Contiene este primer tomo (1) un magnífico estudio del catedrático Dr. Alfonso García Gallo, con la biografía del profesor Hinojosa, en la que, de forma minuciosa y con el aliciente de lo escrito con devoción y cariño hacia la figura del gran polígrafo, explaya sus primeros años, sus estudios, actuaciones políticas, profesorado y, sobre todo, su posición ante la disyuntiva romano-germanista. Recoge todo lo anteriormente escrito sobre la vida del creador de la escuela, ampliándolo de manera completa; resulta, por tanto, el estudio más acabado hecho sobre su extraordinaria obra.

Entre los trabajos presentados en este primer tomo destaca el titulado *Influencia que tuvieron en el Derecho público de su patria, y singularmente en el Derecho penal, los filósofos y teólogos españoles anteriores a nuestro siglo*, íntimamente relacionado con el denominado *La jurisdicción eclesiástica entre los visigodos*. A pesar del tiempo transcurrido desde que fueron escritos y de las aportaciones posteriores de otros investigadores, conservan lozanía y vigor y no han perdido, hoy en día, su actualidad e interés.

TEODORO LÁSCARIS.

(1) EDUARDO DE HINOJOSA Y NAVEROS: *Obras Completas*, T. I. «Estudios de investigación», con uno de Alfonso García Gallo sobre «Hinojosa y su obra». Instituto Nacional de Estudios Jurídicos. Madrid, 1948.

EL ROMANTICISMO ALEMAN

Apenas tiene el lector de lengua castellana libros sobre el Romanticismo alemán y ni por asomo textos de esta época, en muchos puntos imprescindibles para comprender la problemática de la cultura actual. Por ello, al aparecer en traducción castellana esta obra de Gode von Aesch (1), podemos y debemos sentirnos satisfechos y en parte aliviados de esta ausencia que se hace sentir tanto en nuestra bibliografía. Es verdaderamente preocupador este problema de la ausencia de oportunas y responsables traducciones. El horizonte bibliográfico en lengua castellana es tan mínimo en cuanto se trata de algún sector del saber un poco lejano o especializado que hemos de saludar con júbilo la meritoria labor que distintas editoriales sudamericanas están haciendo estos últimos años.

Fascinante tema el escogido por este libro. Pero, a la vez, difícil y tan polifacético, que sólo el título y límites de Romanticismo ya es problema que merece un libro. Esta obra es producto de largos años de lectura y meditación en las bibliotecas alemanas, esas incomparables bibliotecas, hoy diezmadas en su mayoría, y tiene como punto de partida una cuestión apenas indicada expresamente pero que late a lo largo de todas sus páginas: la posible síntesis de los conocimientos de estructura y de sentido del mundo. Porque hubo un momento, el Romanticismo, en el que esta síntesis fué posible y hasta casi se logró. Hubo una mutua corriente de la ciencia natural a la del espíritu, y viceversa, que culminó en un movimiento especial que escapa a definiciones concretas. Otra nota que hace original al libro que reseñamos es que aplica un procedimiento empleado por el Romanticismo: la fisonomía (así traduce Ilse Teresa M. de Brugger, la palabra que nosotros usamos es fisiognómica).

La mejor manera de enfrentarse con el tema del Romanticismo alemán, que es imposible definir con conceptos al uso (recuérdese la interminable polémica clasicismo-romanticismo), es hacer una fenomenología partiendo de sus notas más salientes. Y esto es lo que hace von Aesch. Va tomando temas o notas peculiares y las ensambla en un todo que es la esencia misma del Romanticismo: la am-

(1) ALEXANDER GODE VON AESCH: *El Romanticismo alemán y las Ciencias Naturales*. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires, 1947.

bición de una concepción total del universo captada en la corriente misma de la vida, ambición que lanza hacia la captación de la infinitud.

El libro consta de una firme arquitectura que, después de plantear el problema general y adoptar el método indicado, estudia las relaciones de la ciencia y la literatura, que culmina con el intento de forjar un nuevo Lucrecio, empresa que Wieland acomete. Tras un concienzudo análisis de la obra de Wieland en el resto de problemas es la figura de Hardenberg (Novalis) la más citada, porque es quizá el representante más típico del anhelo romántico. Toda la obra de Novalis tiende a la consecución de la captación del mundo por modo intuitivo y mágico en una apoteosis de la poesía que es el amoroso órgano captador de las profundas realidades.

No podemos detallar todos los aspectos de esta sustanciosa obra, y baste para dar una idea la mera cita de la problemática expuesta paralelamente en el campo de la ciencia natural y en la del espíritu: La unidad de la naturaleza, el tiempo, el problema biológico, la infinitud, el tipo y el organismo, el yo y el cosmos, la fuerza vital, el hombre como medida de todas las cosas, la fisonomía y, por último, como broche, la poesía cósmica.

Las ideas de Robinet, Bonnet, Mesmer, Troxler Carus, etc., van en ciencia señalando jalones que vaticinan o corroboran posturas paralelas en Wieland, Herder, Schlegel, Hardenberg o Hölderlin.

El resumen del libro, la idea fundamental que ha recogido finamente el autor, es que el Romanticismo tiene una trabazón íntima y consciencia que pide un equilibrio entre ambas vertientes del saber. El libro no es de fácil lectura para el que no esté ya introducido en el problema del Romanticismo alemán, pues muchos juicios se dan por sentados, y el lector avisado comprenderá también el alcance de muchas conexiones no percibibles por un no iniciado en el tema. Hay que tener en cuenta también que esta obra no podría haber sido escrita sin la gran revolución que en los estudios románticos se ha operado en la historiografía alemana en los últimos años.

Una obra que no ha tenido en cuenta el autor, y que no hay que olvidar, es el libro de Rudolf Bach, *Grandeza y tragedia del Romanticismo*, y tampoco cita en su casi completa bibliografía algunas obras fundamentales de Paul Kluckhohn, como *Das Ideengut der deutschen Romantik*. Claro está que no es acusación contra el autor, pues es muy posible que no haya podido llegar a sus manos dada su fecha de aparición (1942) (2).

CARLOS CASTRO CUBELLS.

(2) También hemos de señalar la ausencia de la cita a Benz: *Deutsche Romantik*.

REVISTAS ESPAÑOLAS DE 1948

El Instituto de Cultura Hispánica de Madrid acaba de editar un catálogo (1) de revistas españolas publicadas en España durante los dos últimos años hasta el mes de junio de 1948. La labor de recopilación ha sido realizada por el Departamento de Información del citado Instituto, empleándose en el catálogo—que más bien es una colección de fichas recortables—la clasificación decimal, según el sistema internacional, con un complemento de sumarios e índices por materias y alfabético que hacen de la publicación un instrumento sumamente útil y de sencillo manejo.

No es fácil advertirse del valor útil que representa esa obra sin tenerla entre manos e imaginar, ya clasificados en ficheros, los datos concernientes a cada publicación. Lo que es indudablemente un material de estima en España adquiere fuera de ella inapreciable valor, pues un catálogo de esta especie proporciona detallada noticia de toda clase de revistas importantes y secundarias aun pertenecientes a alguna especialidad poco común. Todas las ciencias y las artes, la industria, la medicina, la literatura, están representadas por un buen número de revistas que, pese a las dificultades técnicas, han logrado salvar el bache de la postguerra sin interrumpir el ritmo de su publicación. Otras muchas, algunas en verdad importantes y representativas en particular del mundo literario, han desaparecido calladamente, por ejemplo «Vértice», una gran revista ilustrada, «El Español», «Escorial», «Leonardo»..., extinguiéndose unas con gallardía, cumplida su misión, y otras poco a poco, empobrecidas y sin que apenas el gran público se advierta de su muerte.

Quien haya conocido el panorama de las revistas españolas con anterioridad a 1936, se sorprendería hoy observando la abundante floración de revistas técnicas, de especialización y de gran público. Entidades oficiales, como el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que edita sobre las 60 publicaciones periódicas, la Editorial Católica y los distintos Institutos científicos, han creado importantes revistas indispensables hoy en el campo cada vez más extenso de los lectores. Basta consultar, por ejemplo, la sección «Revista de Revistas» de la de Estudios Políticos, para comprobar la pro-

(1) *Catálogo de Revistas Españolas*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1948. 216 páginas.

liferación de publicaciones españolas relacionadas con displicinas jurídicas, filosóficas y de ciencia política. De igual modo prosperan las revistas de gran público, si bien en ese terreno, en términos generales, la calidad no ha prosperado gran cosa en relación con otras del tipo de la desaparecida «Blanco y Negro», revista ilustrada que se apagó con la llegada de la guerra española en 1936.

En el campo cultural las revistas españolas han superado con mucho las fronteras de la anteguerra. Las 535 publicaciones fichadas en el catálogo que reseñamos son buen ejemplo de esta abundancia. Los nuevos precios del papel y del material tipográfico y de foto y huecograbado han restringido notablemente la iniciativa privada, prevaleciendo las revistas de amplia difusión, tipo cine, deportes, humor, etc.; algunas, sin embargo, consiguieron mantenerse a flote, como la revista bibliográfica «Insula», magnífico modelo de publicación literario-informativa. Otras, como «Finisterre» o la universitaria «Alférez», se sostienen en sus reducidas tiradas merced a la suscripción. El gran público alimenta revistas del género «Marca» (deportiva), «Fotos» (semanario gráfico de actualidad), «La Codorniz» (humorística) o «Meridiano» (recopilación de novelades mundiales)....

Una publicación ejemplar es «Arbor», del C. S. I. C., de información literaria, crítica y bibliográfica, o «Finisterre», revista privada que incluye en sus sumarios la mejor colaboración española de ensayos, poesía, narraciones y notas. Y, dentro de su especialidad, la ya citada «Revista de Estudios Políticos», creación del hoy Embajador de España en Lima, Fernando María Castiella, puede considerarse como una de las más valiosas publicaciones mundiales. Esta revista tiene, además, tres suplementos que se dedican a estudios de política social, africanista y económica, respectivamente.

Una revista ilustrada de gran formato y público, heredera de las excelencias tipográficas de «Blanco y Negro» y «Vértice», es «Mundo Hispánico», la revista de los veintitrés países, que se publica mensual y simultáneamente en Madrid, Buenos Aires y Méjico. Está destinada a recoger el espíritu que informa el momento actual de las naciones hispánicas, y cuenta para ello con corresponsales literarios y administrativos en todas las naciones hispanoamericanas, Filipinas y Portugal.

El fenómeno más curioso de eclosión de revistas en España es el de las revistas poéticas, en los años siguientes al 1939. En este año concluye la guerra civil española y los combatientes se reintegran a sus hogares; muchos, a la reanudación de sus abandonados estudios

universitarios. En los años que van de 1940 a 1944 surgen en España, Madrid, Barcelona, Valencia, León, Sevilla, Santander, Zaragoza..., multitud de revistas y cuadernos de poesía juvenil. El hombre, que ha sabido del dolor por la guerra, puja por cantar su contenido humano y, formando grupos de afinidad lírica, nacen las revistas de poesía: «Garcilaso», en Madrid; «Proel», en Santander; «Espadaña», en León; «Entregas de Poesía», en Barcelona; «Mensaje», en Canarias; «Corcel», en Valencia; «Halcón», en Valladolid; «Possío», en Orense; «Pilar», en Zaragoza; «Norte», en San Sebastián; «Cuadernos de Teatro», en Granada... Revistas herederas de la pureza de intención de aquellas también efímeras «Cruz y Raya», «Musa Musae», «Caballo Verde para la Poesía», «Carmen»..., que alimentaban los Machado, Gerardo Diego, Altolaguirre, Salinas, Guillén, García Lorca... Una de ellas, «Garcilaso», pudo sostenerse hasta treinta y tres meses, y también una, «Espadaña», que dirige el poeta tipógrafo, impresor y editor—todo en una pieza—Victoriano Crémer, continúa resistiendo los embates de la ruina económica. El resto, unas al primer número, otras al segundo, al cuarto, al quinto, han ido desapareciendo. Pero ya es bastante. Bastó con que su nombre se inscribiera en el firmamento español de la poesía: «Garcilaso», «Mensaje», «Pilar»..., nombres que ya todo el mundo recuerda como se recuerda una aparición fugitiva y angélica.

Hoy persisten unas pocas revistas de poesía: «Acanto», que dirige José García Nieto, que fué rector de «Garcilaso»; «Doncel», de Zaragoza; la citada «Espadaña», leonesa; «La isla de los ratones» y «El pobre hombre», en Santander, aquella tierra santanderina extraña y entrañablemente prolífera de poetas. Y, sobre todas, luchando contra el signo de nuestro tiempo, la Colección «Adonais», que mensualmente publica un tomo de poesía nueva y por la cual han sido presentados al lector los mejores poetas y las mejores poesías de la postguerra: José María Valverde, Eugenio de Nora, Carlos Bousoño, José Luis Hidalgo, José Hierro...

De las nostalgias del pasado y de la brillante y dura realidad del momento español puede saberse consultando este magnífico catálogo de revistas, pieza que consideramos indispensable en toda biblioteca. Como muestra de su importancia reproducimos a continuación la ficha bibliográfica que el catálogo dedica a la «Revista de Estudios Políticos»:

C. D. 32

Nombre: REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS.

Carácter: Organo del Instituto de Estudios Políticos.

Periodicidad: Bimensual.

Editor (Nombre y dirección): Instituto de Estudios Políticos, Plaza de la Marina Española, núm. 8. Madrid.

Director: D. Fernando María Castiella.

Colaboradores: D. Alfonso García Valdecasas, D. Melchor Fernández Almagro, D. Joaquín Garrigues, D. Antonio Tovar, D. Enrique Gómez Arboleya, D. Federico de Castro y Bravo, D. José Corts Grau, D. Antonio de Luna, D. Jesús Pabón, D. José Antonio Maravall, D. Pablo Antonio Cuadra, D. Pedro Mourlane Michelena, D. Mariano Sebastián, D. Eugenio d'Ors, D. José María García Escudero, D. Eugenio Montes, D. Eduardo Aunós, D. José María de Areilza, D. José Ignacio Escobar. D. Leopoldo Eulogio Palacios, D. José María Cordero Torres, D. Leopoldo Panero, D. Pedro Laín Entralgo, D. Luis Rosales, don Ramón Menéndez Pidal, D. José Camón Aznar, D. Torcuato Fernández Miranda, D. Carlos Ruiz del Castillo, D. Lorenzo Riber, don Ernesto Giménez Caballero, D. Manuel Fraga Iribarne, D. Luis Sánchez Agesta, D. Carlos Ollero, D. Alberto Martín-Artajo, D. Segismundo Royo Villanova, D. Angel Alvarez de Miranda, D. Joaquín Ruiz-Jiménez. Duque de Maura, D. Gregorio Marañón, D. Pedro Sangro y Ros de Olano, «Azorín», D. Antonio de Zubiaurre, D. Santiago Montero Díaz, D. José María Pemán, D. Ismael Herráiz, D. Luis Legaz Lacambra, D. José Félix de Lequerica, D. Gonzalo Menéndez Pidal, don Carlos Martínez de Campos, D. Alvaro de Figueroa, D. José María Moro, D. Alfonso de Figueroa, D. Alfonso de la Serna y D. Antonio Truyol Serra.

Secciones: Ocho: «Ensayos» (recoge los artículos que por su importancia son una contribución interesante al estudio de las ciencias políticas); «Notas» (referencias a un hecho político o histórico que por su limitación no entra en el concepto de ensayo); «Mundo Hispánico» (pensamiento español, portugués y americano sobre la hispanidad); «Crónicas» (política nacional e internacional, la vida cultural y económica de actualidad); «Recensiones» (estudio de los principales libros españoles o extranjeros publicados sobre materia propia de la Revista); «Noticia de libros»; «Revista de revistas» (resúmenes de las principales revistas españolas y extranjeras), y «Bibliografía» (recoge datos de las publicaciones últimas).

Características: Quinientas páginas aproximadamente, tamaño 16 × 24 centímetros.

Administración: El Departamento de Distribución del Instituto de Estudios Políticos, Plaza de la Marina Española, núm. 8, Madrid.

Dirección Postal: Instituto de Estudios Políticos, Plaza de la Marina Española, núm. 8, Madrid.

ENRIQUE CASAMAYOR.

UN REPARTO DEL MUNDO

El nuevo libro del Dr. Pérez Embid (1) es la historia de una gran rivalidad. Antagonismo que fué superado al paso de los días, pero que se mostró pujante cuando las naves españolas y portuguesas dibujaban las mismas coordenadas geográficas. Era una disputa tan elemental como simple, agrandada por el celo inquieto de los descubridores. Dichosa coyuntura la que convirtió luego el problema espinoso en algo más que una ejecutoria: en una responsabilidad, como el autor dice. Y esto es lo primero que el libro logra: una interpretación sin empequeñecimiento de esa rivalidad histórica.

Claro que muchas cosas más. Sirva de ejemplo la sistematización de la Historia de los Descubrimientos, basada en la consideración de que éstos sirven a un plan que va logrando, etapa a etapa, una empresa sin soluciones de continuidad. Quedan descartadas así cómodas interpretaciones románticas que presentaban a cada descubridor como un monolito aislado y a cada descubrimiento como un sacudimiento perezoso de la suerte. Pero es lo cierto que cada día resulta más patente la insuficiencia de tal postura. «Ya va siendo hora de que dejen de repetirse con insistencia mecánica todos los tópicos del Colón revolucionario, de la genialidad sin precedentes, de la hazaña revolucionaria» (pág. 23). Y en otro lugar, más explícitamente: «Colón innova la ruta, no la empresa» (pág. 266). Efectivamente. Y sirva como arquetípico el caso Colón.

Con este criterio se acomete la ardua tarea de la sistematización, de la que ya apareció un anticipo en «Arbor»—núm. 15, mayo-junio de 1946—. No podremos dar aquí sino una noticia a todas luces excesivamente incompleta. Cuatro ciclos distingue el Sr. Pérez Embid. Uno, preliminar (1291-1415), que abarca un primer estadio de navegaciones aisladas y otro de tanteos organizados. En el segundo, fundamental (1415-1550), son comprendidas la etapa de rivalidad política, organizada entre Castilla y Portugal, y la de expansión en los espacios respectivos. El predominio naval inglés, el holandés y la expansión rusa quedan comprendidos en el ciclo tercero (hacia

---

(1) PÉREZ EMBID, FLORENTINO: *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el tratado de Tordesillas.* Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, del C. S. I. C. Sevilla, 1948. 370 páginas y 35 láminas.

1550-1750). El cuarto, finalmente (segunda mitad del siglo XVIII), reúne las exploraciones científicas, que acaban de redondear el conocimiento de la tierra.

Según esta segunda pauta se desarrolla todo el estudio. Densas páginas donde se pasa revista a las diversas expediciones, que confirman la tesis fundamental de la continuidad, y a las relaciones hispano-portuguesas en los puntos de fricción. Las reacciones, incluso psicológicas, de los Reyes, las aspiraciones de ambas nacionalidades y sus vicisitudes hasta la delimitación definitiva de 1494, están narradas con una pluma ágil y segura y con un perfecto dominio literario.

Como cuestiones complementarias se nos dan por añadidura dos estudios finales. Referente el primero al problema de la incorporación de las Indias a la Corona de Castilla, donde se recogen y critican las más modernas teorías. Ceñido el segundo a los límites de la expansión africana de Castilla hasta el convenio de Cintra de 1509.

Cuidados índices de documentos, bibliografía, autores, personas y lugares citados completan la obra, avalada por ilustraciones, algunas en color, bien escogidas.

Magnífico libro éste de Pérez Embid, uno de nuestros jóvenes catedráticos universitarios. Mucho esperamos de su preparación y entusiasmo. Realmente, la nueva escuela de historiadores españoles es ya algo más que una fundada promesa.

JUAN SÁNCHEZ MONTES.

VICENTE HUIDOBRO

Estudiar detenidamente la figura de Huidobro supondría hacer historia del creacionismo, al menos en sus comienzos. Huidobro, mecenas del propio Reverdy, es el verdadero principio de la dirección creacionista. Los primeros intentos de elaboración de su teoría estética los pone, él mismo, alrededor del año doce. Y acerca de su paternidad y magisterio, escribía Guillermo de Torre en 1920: «Los módulos creacionistas de *Ecuatorial* y *Poemas árticos* vencieron al senecto rubenianismo, y hoy se ramifican, entre los más jóvenes y conscientes poetas, dibujando una estela interesantísima.»

Sería sugestivo ahondar en el interior de su gesto de precursor, ver lo que hubo en él de nuevo auténticamente manifestado, una vez

agotado ya el fenómeno creacionista. El legó su testamento poético a los poetas de mañana, a esa fauna impar a la que se refirió con tal virginidad como si una nueva especie animal fuera creada. ¿Dónde están los poetas del mañana creacionista? Nosotros contemplamos hoy su teoría como un intento más, perfectamente ensayado, eficaz pero incontinuable, frontera pero no fuente.

El, Huidobro—creacionista auténtico—, permanece fiel a su obra hasta el fin. Así, como maduro logro de un poeta largamente elaborado, nos llegan estos últimos poemas (1), recogidos por Manuela Huidobro de Yrarrázaval, hija del primer matrimonio del poeta y depositaria actual de todos sus manuscritos. La mayor parte de los poemas que integran este libro pertenecía a la obra inédita de Huidobro, el resto había aparecido ya en revistas, y se inserta para dar una visión más completa de su trabajo de madurez.

En una serena presencia de la muerte, a la que estaba ya tan cercano, parecen haber sido construídos algunos de estos poemas, que en muchos momentos valen como anticipadas elegías: *El paso del retorno*, con el que se inaugura el libro—publicado en la revista «Amargo», diciembre 1946, con una dedicatoria que ahora se omite—, es de los más ricos e impresionantes.

Los árboles lloran, un pájaro canta inconsolable.
Decid: ¿Quién es el muerto?
El viento me solloza. ¡Qué inquietudes me has dado!
Algunas flores exclaman:
¿Estás vivo aún?
¿Quién es el muerto entonces?

Al tema de la muerte, que insiste en su llamado, regresa en cada momento, bien para decir el sabor de la muerte o bien para explicar las maneras de morir, distintas como los andares. Y todo este tono penumbroso juega un vivo contraste con la luz de la vida, prematuramente añorada:

La sonrisa era cosa de magnolias, era cosa de ropas lavándose en el río entre espumas.
La sonrisa era cosa de frutas y ventanas abiertas. Era cosa de colores disparados al sol.

Llega el suspiro. Todo es inútil. Oh viento del otro lado, tan ansioso de su sitio. Se fué, se va al suspiro.
Y yo me voy con él empujando las puertas de la muerte.

En este libro póstumo reconocemos toda la temática fundamental del poeta. Nos confirma claramente su actitud ante el hombre,

(1) VICENTE HUIDOBRO: *Ultimos poemas*. Santiago de Chile, 1948.

tan exactamente exprimida en aquella vieja afirmación: «Como especialista, poeta, tu primera especialidad es ser humano, íntegramente humano»; y su concepción de la posición mágica del hombre como centro del universo. Este es el valor de las palabras del hombre:

Un hombre dice: Estrella,
Y hay un temblor en los espacios.
Un hombre dice: Mar,
Y las obras se agrandan satisfechas.
Un hombre dice: Selva,
Y los árboles comprenden su deber milenario.
Un hombre dice: Viento,
Y todo se agita hasta la muerte.

Todavía se descubre la imagen del poeta, siempre obligado a hallar el recóndito genio del lenguaje a través del largo pasado mágico del mismo, a reconocer el sutil llamado de las cosas y su verdadero ser. Por eso, esa briosa huída de lo cotidiano que fué la carrera poética de Huidobro. «No hay poema si no hay lo inhabitual. Sabemos que poesía es, en último término, nombrar las cosas por lo que son; fundamentación, por tanto, del ser, dice Heidegger, hallazgo de la palabra esencial, la verdaderamente denominadora. Es lícita, pues, esa búsqueda de la palabra justamente reveladora fuera del mercado habitual de las palabras, del tráfico de las representaciones convencionales, para encontrar, con su verdadero ser, la validez poética de las cosas. «El poeta—afirma Huidobro—representa el drama angustioso entre el mundo y el cerebro humano, entre el mundo y su representación. El que no haya sentido el drama que se juega entre la cosa y la palabra, no podrá comprenderme.» Este es el drama que interpreta ahora, de nuevo:

Ando en viaje dando un poco de mi vida
A ciertos árboles y a ciertas piedras
Que me están esperando muchos años.

Pero en este dar de sí su propia vida se descarna el poeta, va adentrándose en las cosas designadas, haciéndose ellas mismas, trassubstanciándose. De ahí la suprema unidad final de los dos órdenes creadores, Poeta y Naturaleza, que no excluye la individualidad creadora de cada uno. Una cosa es la Naturaleza y otra es el Arte. «Adiós Naturaleza, viejecita encantadora, no he de ser tu esclavo». La liberación ha sido consumada. Pero en su retorno poético a la Naturaleza, como poseedor del verdadero secreto de ella, el poeta se va confundiendo de nuevo en su seno.

Me estoy haciendo árbol. Cuántas veces me he ido convirtiendo en otras cosas... Es doloroso y lleno de ternura.

A esta altura de su vida y de su obra, Huidobro siente llegada su hora. «Oh Poesía—dice—, nuestro reino empieza.» Estaba, ciertamente, ante el verdadero y definitivo comienzo.

JOSÉ ANGEL VALENTE.

LAS ELEGIAS DE DIONISIO RIDRUEJO (1)

¿Dirán algo ahora en contra del poeta los incansables ladradores del versolibrismo? Como ya hay un poco de tiempo sobre todos, podemos hablar de ello sin que se resientan heridas demasiado recientes. Hemos oído muchas veces, a la orilla de unos versos de Ridruejo, comentar a sus detractores. Y en el comentario iba siempre envuelta un arma de extraña eficacia en estos últimos años para darle batalla a determinados poetas. Dionisio Ridruejo era para ellos un retórico al que, suelto de las rigurosas medidas del endecasílabo, de la romería fácil de sus consonancias, no se le volvería a encontrar como tal poeta. Es verdad que al lado de éstos, o enfrente de éstos, como se quiera, estaba el grupo de los que desde los primeros libros de Ridruejo creíamos en la llegada de una voz excepcional, segura y creciente, para la poesía española. Para los últimos no eran necesarias más pruebas; no había exigencias posibles. Hoy, sin embargo, unos y otros nos encontramos con un libro del poeta que puede ganarse a muchos incrédulos sin perder—¿cómo perderlos?—a ninguno de sus fieles.

Ya no han sido sonetos, ya no han sido cadenas de endecasílabos. También las distancias se han alargado hasta la medida del gran poema, y estas elegías surgen ante el lector, creciendo o renovando milagrosamente las maravillosas posibilidades del cantor. Seis poemas en ochenta páginas, seis largos, conmovedores, extraordinarios caminos para el dolor, para la esperanza, para el amor, para la amistad, para la muerte; también para la vida y para el más allá de la vida de cada hombre.

Empieza el libro con la apasionada *Elegía a la muerte de Samuel*

(1) DIONISIO RIDRUEJO: *Elegías* (1943-1945). Colección Adonais. Volumen L. Madrid, 1948.

Ros, canto fúnebre total y purísimo, donde las cenizas que Dios reparte sobre la amistad se abrillantan y encienden en un melancólico, entero y esperanzado resplandor. Dirá el poeta en el hondón de su pena:

Humildemente solo
caigo en mi corazón. La pena fluye..

pero se alzará en seguida para exclamar:

Amigo, amigo mío; ¡oh!, cómo me sujetas
por este necesario dogal de mi consuelo
a la esperanza viva de la patria
en que tú eres heraldo, ay, tanto como huésped.

Y se va recordando al amigo desde las medidas y las señales vivas que el cantor conserva todavía en la vida, y se le siente unido y palpitante dentro de la resignación cristiana de su pérdida:

retiro doloroso de una parte de mí.

Siguen a este poema las dos *Elegías a la tierra*, cara y cruz de la pasión del poeta, ininterrumpida canción, entrañable diario, decantadísima experiencia después del chocar del hombre contra las cosas. A los versos más claros,

Sobre pechos de flores, sobre lomos de hierbas
aún mostraba el rocío sus resabios celestes.

siguen los más estremecedores:

Pero es la vasta soledad mi rumbo,
mi esperanza es un solo escalofrío,
y me quedo extasiado como si una mirada
inmensamente compasiva y fuerte
me estuviera bañando

En la segunda de estas elegías nos encontramos con versos como éstos, donde la claridad y calidad lírica de Ridruejo llega a cimas inigualables:

Al borde de unas rocas
lloraban dos amantes,
lloraban mansamente su sobrante de vida
y cada eternidad se les iba muriendo.

Ahí queda, sí, el acierto parcial definitivo, pero dentro de un poema sin fisuras ni soluciones, con un cuerpo grande de obra concebida desde un aliento singular.

En *Umbral de la madurez* el poeta llega con palabra justa y elegida a dar cuenta precisa de su misión en la tierra:

Antes, desde su idea bajabas a las cosas;
ahora vagas por entre aquellas cosas que existen, que te llevan,
que te piden un nombre singular y preciso.

Se sitúa ante los que le siguen con una magnífica postura de serena ordenación:

Míralos cómo llegan aureolados, puros:
aquel que se dispone como tú en otro tiempo
a vestir castamente la armadura,
y aquel que viene envuelto
en un manto de nieblas melancólicas, chispeando sus ojos,
y aquel que se ha vestido las mallas delicadas del placer sin cautela.
Ellos sabrán por sí y a costa de su sangre.

Escuchad estas claras y tremendas preguntas de la *Elegía ante el mar:*

¿Cada hombre, Señor, ha de llorar al mundo?
¿Cada hombre ha de crear al mundo de sus ruinas?
¿Cada hombre ha de olvidar y soñar nuevamente?

Toda la ciencia de la vida y la muerte, la ciencia de una manzana prodigiosa y celeste, llega a los labios del poeta que, sentado ante el mar, contempla su soledad de hombre, sus caminos de señalado como mortal, su destino sobre el que canta y se desvive:

Sentado ante la mar, recién nacido, alegre,
se enyuga en el amor que amansa una costumbre
y recoge y derrama la vida en un secreto.

Aún habrá otra visión del hombre, de claridad y limpieza impresionantes, en el último poema del libro, *Todavía*, ya escrito en completa libertad de ritmo y medida:

Contemplad su soberbia cuando la ola crece
con su preñada multitud y brilla.
Miradla cuando rompe contra su propia furia
y salpica la arena de diminutas gotas,
de diminutos hombres solitarios que no se reconocen.

Aquí está magistralmente diagnosticada la poquedad del hombre, su soberbia sin límite; aquí está la voz del poeta dando la voz de alarma ante el mar donde se empequeñecen las cosas de la tierra. Creación, invención, descubrimiento hay sin duda en este poema. Ya no pesarán a los seguidores de limitaciones, ni la forma, ni la música fuerte y clara de la rima, ni la retórica que pueden imponer las cuentas de las sílabas. Si los poemas anteriores conservaban aún los tiempos perfectamente unificados de las nueve, las siete, las once o las catorce sílabas, en estupendas y felicísimas combinaciones, aquí, en este *Todavía* la libertad del poeta se colma de aciertos de soterradas musicalidades, de tremendas afirmaciones y de impresionantes sospechas.

En suma, Dionisio Ridruejo nos ha entregado uno de los libros más sobrecogedores de la poesía española contemporánea. No había en él un retórico como creían algunos, un cuidadoso labrador de endecasílabos. Su clara vena de auténtica e indeclinable poesía podía descubrir a gusto de todos, cerrándose y ciñéndose como entonces en sus incomparables sonetos, o amplificándose y derramándose por más liberales caminos, como en libros anteriores también, como ahora en estas *Elegías*, hora exacta y deslumbrante de nuestro atormentado tiempo y de sus esperanzadoras luminarias.

J. García Nieto.

EL «QUIJOTE» DE JUAN MONTALVO (1)

Publicado por el Grupo América, nos llega un estudio de don Augusto Arias sobre el *Quijote* de Juan Montalvo.

Después de unos párrafos preliminares, donde se brinda una apreciación general sobre el *Quijote* de Cervantes, «Libro universal que debe su perennidad a los materiales humanos de que está compuesto», se destaca el realismo de la obra, que hace que sus personajes principales tengan un poder de vivencia tal que ni siquiera parecen ya entes de ficción. Con rapidez de escorzo, son considerados luego otros puntos de vista que se llevan en la imaginación al tomar entre las manos el libro inmortal, «cuando hemos de buscarlo para la antesala del sueño más que para la tentación de la vigilia», según se nos dice en frase feliz.

---

(1) Augusto Arias: *El Quijote de Montalvo*. Publicaciones del Grupo América. Quito, 1948.

A continuación, Augusto Arias hace el estudio comparativo entre la obra cumbre de Cervantes y los «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes», de Juan Montalvo. Sugestiva lectura la de las treinta y nueve páginas del estudio, en que con una pluma suelta y ágil se van repasando las diversas concomitancias sirviendo a un cuestionario interesante y sugerente. Difícil sería dar cuenta de todos los diversos aspectos tratados. El resultado final del arduo empeño de Montalvo queda resumido en el párrafo final del folleto: «Montalvo supo hacerse digno de ese glorioso Cervantes, a quien, como Dante a Virgilio, hubo de tomar por guía para su *Viaje por las regiones de la gran lengua de Castilla*, mientras, para el comienzo de su imitación del libro inimitable apropiado ya del metal clásico, ajustaba la frase invocativa, «y agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester», llamando en su ayuda, como un Quijote entero, a la Dulcinea ignota.

S. M

LA PINTURA DEL BOSCO

La discutida y admirada obra del gran pintor flamento Hieronymus Bosch, «el Bosco», ha suscitado siempre una gran atracción. Su arte, original, audaz, revolucionario, de difícil comprensión, ha sido durante mucho tiempo—y sigue siéndolo—un gran misterio.

Este misterio lo aclara grandemente la magnífica obra que recientemente ha publicado J. V. L. Brans (1). Basándose en los cuadros existentes en El Escorial y en el Prado, ha hecho un profundo estudios de la obra del genial pintor flamenco. Los ocho capítulos en que divide el libro son ocho luminosos ensayos que ayudan a discernir y a penetrar en el mundo del Bosco. Después de leídos se tiene una clara y ordenada idea de lo que representó el Bosco y las causas que influyeron en su pintura. El autor estudia detenidamente toda su temática. Basta enumerar los títulos de los capítulos III, IV, V, VI: *Los cuadros religiosos, La pintura de género, creación del Bosco; El mundo de diablos y monstruos, Los cuadros alegóricos*, para ver que nada escapa a su agudo análisis. Es muy interesante el ca-

(1) J. V. L. Brans: *Hieronymus Bosch (El Bosco), en el Prado y en El Escorial.* Traducción castellana del original inédito por M. Cardenal Iracheta. Ediciones Omega, S. A. Barcelona, 1948.

pítulo segundo, ya que en él plantea el problema de la «herencia del Bosco», y hace un documentado inventario de sus obras existentes.

La temática del genial pintor flamenco ha sido la que ha dado lugar a casi todas las discusiones en torno a su origen. ¿De dónde las sacó? ¿Fueron sueños, enormes pesadillas? ¿Hay algo de realidad en esta atormentada pintura? Evidentemente. Toda ella está sacada del mundo, del ambiente en que se movió el Bosco. Intentaremos aclararlo.

El artista nace hacia 1450, o sea, cuando está en pleno ocaso la Edad Media y un aire desolador, de decadencia, estremece a toda la sociedad. Hay vicio, hay corrupción, y a un alma sensible le tenía que llegar muy hondo todo este desastre. El Bosco fué un observador formidable, un hombre que vivía con los ojos siempre abiertos y los sentidos despiertos para captar todo lo que acaecía a su alrededor. La absoluta falta de moralidad de su época tenía que reflejarse, forzosamente, en sus telas. Dice Brans, pág. 68: «Y el Bosco vivió en la segunda mitad del siglo XV, cuando el placer, la astucia y la fuerza habían oprimido la fe, el espíritu caballeresco y la caridad. Vió, por tanto, en los resplandores crepusculares de la Edad Media moverse a aquella loca sociedad epicúrea, cínica y desengañada; vió también al lado de algunas almas ingenuas y temerosas a una gran masa de almas complicadas y tortuosas, presas de terribles supersticiones, a pesar de su sed de emancipación, las cuales confesaban, por otra parte, un vulgar y repugnante materialismo.»

Esto, por lo que se refiere al ambiente. Pero había algo más. Y esta otra fuente de inspiración del Bosco residía en los libros miniados, en los capiteles, en las sillerías de los coros, donde, en tremenda confusión, se mezclaban los más raros monstruos, las más atrevidas composiciones. Motivos que el pintor aprovechó. Todos sus seres fantásticos tuvieron su arranque en este punto, tamizados luego por su innegable imaginación y fantasía. Y queda aún algo muy importante. La gran influencia y el gran auge que alcanzó el teatro en la segunda mitad del siglo XV. «Este teatro se superó, llegando a alcanzar un grado de realismo que permitió todas las exageraciones, todas las fealdades, brutalidades y extravagancias imaginables.» No debe olvidarse que el Bosco estuvo íntimamente ligado a estas representaciones, ya que les prestó su colaboración como pintor.

Estas tres influencias: ambiente, temática de capitales, sillerías, etcétera, y representaciones teatrales, fijan la posición del artista. A partir de ellas construye su mundo.

En el Bosco se ha querido ver a un loco, a un soñador enfermi-

zo. No vamos a enumerar las estupendas y maravillosas teorías que los discípulos de Freud han construído. Para ellos era un terreno fértil y abonado. Y a fe que no lo desaprovecharon. Todo pasó, y las palabras de Brans, en este aspecto, están llenas de sentido común y de extraordinarios aciertos: «No fué el Bosco un soñador o un desequilibrado, sino un hombre que contempló el mundo con agudo realismo. Y no inició sus trabajos artísticos sin antes llevar a cabo una minuciosa observación de las cosas, reflexionando largamente, no sólo sobre la forma que quería dar a sus ideas, sino también y más que en nada sobre estas mismas ideas», pág. 69.

Queda, finalmente, la relación que se ha querido ver—y que, sin duda, existe—entre el Bosco y la pintura surrealista. He aquí un tema magnífico para ser tratado con calma, detención y espacio suficiente. Hay, empero, una fundamental diferencia entre ambos estilos, que no puede olvidarse. El Bosco pintaba apoyándose en medios reales, en auténticas realidades—que hemos explicado—, y que su imaginación sabía transformar en impresionantes fantasías. Los pintores surrealistas tienen que producir sus imágenes con medios artificiales. De ahí su inconsistencia, su falta de verdad. Puro proceso debido a una excitación patológica, sin que la razón intervenga para nada. Lo opuesto al Bosco. Por todo ello, el artista flamenco es infinitamente superior a este arte, decadente y estéril. Un estudio a fondo demostraría la enorme falta de imaginación de estos pintores. Falta de imaginación que caracteriza a todo el arte actual.

No queremos cerrar esta breve recensión sin citar unas palabras del P. Sigüenza, que resumen certeramente al Bosco: «La diferencia que, a mi parecer, hay de las pinturas de este hombre (Bosco) a la de otros, es que los demás procuraron pintar al hombre cual parece por fuera; *éste sólo se atrevió a pintarle cual es por dentro.*»

El libro honra a sus editores. Es de gran utilidad un *Indice geográfico de los dibujos y cuadros de Hieronymus Bosch y de las réplicas y atribuciones mencionadas en esta otra.* 116 reproducciones, XV láminas de dibujos y 10 preciosas a color, dan un valor extraordinario a este libro, imprescindible para conocer y entender la obra de Hieronymus Bosch.

J. G.

INTRODUCCION A LA POESIA IBEROAMERICANA

Más que introducción, se trata propiamente de una antología de la poesía iberoamericana. Los autores reconocen la modestia de su propósito, que no va más allá de atraer la atención del público de lengua francesa sobre «algunos aspectos—¿por qué no todos?—de la poesía ibercamericana». Y admiten la importancia de su deuda a Federico de Onís, cuya *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, aunque ya algo remota, pues se publicó en 1934, continúa siendo una guía segura y clásica. Los autores no habrán podido consultar, en cambio, otra excelente *Antología de la poesía hispanoamericana*, la que publicó Leopoldo Panero en 1947 (Madrid, Editora Nacional).

Los editores han querido dividir esta nueva antología en dos partes, una consagrada a los poetas de lengua española, que comprende a los poetas de los países hispanoamericanos, y otra que reúne a los poetas de lengua portuguesa, es decir, a los poetas brasileños. Es una lástima que el volumen no ofrezca, junto a las traducciones en francés, los textos originales. Pero los mismos editores se excusan alegando que ello hubiera exigido dar al volumen proporciones desmesuradas.

Los poetas de lengua española son presentados y traducidos por Pierre Darmangeat, quien, aparte de presentar a cada poeta con unas frases caracterizadoras, ha escrito una breve introducción a su trabajo. Aunque Darmangeat desconfía un poco del método llamado histórico, señala que el desarrollo de la poesía hispanoamericana coincide con el de los movimientos de independencia de los países de Hispanoamérica. Por otra parte, cree que una poesía que canta a América su cuerpo o su alma, no es más específicamente americana por ese solo hecho que tal otra poesía en la que no aparezcan temas americanos. El americanismo poético—afirma con razón Darmangeat—no está tanto en los temas y en las técnicas como en el don de animar la materia poética con una visión y un aroma nuevos. Es lo que hizo Rubén Darío, cuya poesía, si en parte canta a América, en parte busca en la vieja Europa, la romántica y la clásica, la Euro-

(1) PIERRE DARMANGEAT y A. D. TAVARES BASTOS: *Introduction a la Poésie Ibéroaméricaine*. Le Livre du Jour. París, 1948. 461 páginas.

pa cargada de años y de heridas, sus principales fuentes de inspiración, creando así el primer gran impulso de la poesía de Hispanoamérica. Darmangeat traduce a 48 poetas, desde Rubén hasta el mejicano Octavio Paz (nacido en 1914). En su selección sigue con fidelidad la *Antología* de Onís, aunque también utiliza, para la poesía mejicana, una *Antología de la poesía mejicana moderna*, publicada por Manuel Maples Arce (Roma, 1940), lo que explica que de los 48 poetas seleccionados, 13 sean mejicanos. El lector no encontrará más bibliografía que la citada, de suerte que no sabemos qué otras fuentes ha utilizado Darmangeat para su labor. En todo caso, su Antología, aunque representa un estimable esfuerzo, tiene lagunas fáciles de notar. Para apuntar sólo alguna, señalemos la pobre atención que se presta a César Vallejo, el gran poeta peruano, del que sólo se traduce un poema, y éste de un libro tan primerizo como *Trilce*, que data de 1922. Igualmente, de Pablo Neruda se traducen sólo tres poemas, fechados en 1926 y 1935. Convengamos, sin embargo, en que para un francés no debe haber sino nada fácil en estos calamitosos años estar al tanto y procurarse textos de la nueva poesía de Hispanoamérica. Y reconozcamos que, por lo menos, las traducciones de Pierre Darmangeat son notables por su justa fidelidad y su sentido de la poesía. No pocos poemas creyéranse escritos en francés.

La segunda parte del libro comprende a los poetas brasileños, traducidos y presentados por A. D. Tavares Bastos, que ofrece versiones de 25 poetas del Brasil, desde el gran Manuel Bandeira (nacido en 1886) hasta Vinicius de Moraes (nacido en 1913). El Sr. Tavares Bastos que, siguiendo una tradición antologista, se incluye él mismo como poeta y con elogio en su selección, ha logrado bellas traducciones, lo que se explica teniendo en cuenta que él mismo escribe casi todos sus poemas en francés. Pero su labor se resiente de la misma falta que reprochábamos al traductor de la parte hispanoamericana: que apenas si alcanza a los años 1938 y 1939. En todo caso, creemos que esta *Introducción a la poesía iberoamericana*, como la llaman sus autores, puede cumplir la finalidad que éstos se propusieron: llamar la atención del público francés hacia una poesía tan rica y tan llena de vida como la de Iberoamérica.

José Luis Cano.

«LOS ABEL», PRIMERA NOVELA

La reciente novela de Ana María Matute (1) sorprenderá a mucha gente. Finalista en el Premio de novela «Eugenio Nadal» 1947, es éste su primer libro. Y su entrada en la vida literaria ha sido excelente.

Es interesante este libro por la gran juventud de su autora. Y decimos esto porque Ana María Matute es una escritora de postguerra. O sea, que en su novela hay un trasfondo amargo, duro, violento, una nueva forma de contemplar la vida que extrañará a muchos. Pero *Los Abel* es un libro que podríamos firmarlo cualquiera de nosotros. De los que teníamos diez años en 36, cuando la generación de nuestros mayores brincaba por las trincheras para lograr lo que ahora disfrutamos. Hace años que vivimos y oímos de guerras y que el desastre no se da con anormalidad, sino como hecho cotidiano. Esto hizo que nos acostubrásemos a él, a contemplarlo tranquilamente, sin pestañear. Y el libro que comentamos está en esta línea árida, seca, en ver las cosas más terribles como algo perfectamente normal. Aquí radica su gran fuerza, porque es un libro sincero, sentido, escrito directamente por lo sano. Y el lirismo contenido, prieto, el acento poético que lo recorre, estremeciéndolo, revelan que no hay truculencia ninguna. Que, a pesar de tanta calamidad, no se ha podido ahogar la profunda vena poética.

Los Abel, pues, es un libro angustiado, duro, crispado. Esta angustia está latente en toda su obra y va creciendo a medida que se presentan estas terribles criaturas que forman la familia Abel. Criaturas que andan por el mundo llevadas de su inquietud, siempre insatisfechas, siempre anhelantes, buscando algo que saben que no encontrarán. Criaturas llenas de intuición, terribles, con una vitalidad desaprovechada, desbordantes de pasiones. La autora les coloca en diversos ambientes y hace que éstos actúen moldeándolas. Así influye el paisaje primitivo y abrupto de un pueblo montañés, como la sociedad, con sus revoluciones, mítines y desórdenes. En estos dos ambientes se mueve casi toda la novela e intervienen de modo decisivo en las vidas de estos hermanos Abel.

El tema requería, por su amplitud, que fuera más trabajado. Se

(1) ANA MARÍA MATUTE: *Los Abel*. Ediciones Destino. Colección «Ancora y Delfín». Barcelona, 1948.

nota una cierta inconsistencia en su última parte, que puede ser debida a que se escribió muy rápidamente, con premura—tal vez para alcanzar el plazo de presentación—, o que se trabajó poco. No hay que pedir tampoco a un autor novel el que esté en posesión de la difícil técnica de novelar, que va adquiriéndose lentamente. Por eso la segunda parte se escapa, se desdibuja, se pierde algo. No tiene el vigor, la fuerza de sus primeras 150 páginas. Aquí se revela una intuición novelística extraordinaria, un nervio y una fuerza magníficos que espolean la novela dándole una vida intensa y apretada. Hay en Ana María Matute una narradora excepcional. Su estilo vivo, directo, incisivo, presta una gran agilidad al relato. Posee un raro poder evocador y una enorme facilidad para quebrar la frase con una evocación inesperada que le da una gran sugestión. En este juego constante del contraste, ciñe Ana María Matute su estilo fulgurante, incisivo, desconcertante. Un lirismo contenido dado en pinceladas rápidas, nerviosas, cargadas de poesía estremece todo este libro tan significativo.

Esperamos las nuevas obras de esta joven autora para poder confirmar todo lo que apunta en *Los Abel*. Quizá en ella se nos dé esta gran novela de la generación de la postguerra que está aún por hacer.

JUAN GICH.

LA POESIA DE RUBEN

Ya el primer comunicado de las avanzadas literarias, aquella Carta de Valera en la aparición del libro *Azul*, necesitaba extenderse pródigamente en el comentario al nuevo poeta, Rubén Darío. Hoy, en este libro, no un humanista elegante, sino un intenso poeta como Pedro Salinas, construye (dando a esta palabra toda su dimensión) la exégesis de la obra del gran poeta nicaragüense.

La presencia de Rubén en nuestro días es tal que hasta se puede advertir cómo en algunos ambientes españoles demasiado cautos contra las novedades y quizá indolentes para comprender la poesía posterior—de signo generalmente minoritario—, la última figura de nuestras letras es el autor de la *Marcha triunfal*.

Al ponerse a escribir sobre un poeta, sobre un artista, dos direcciones se pueden dar al pensamiento, buscador de las esencias de la personalidad: puede dirigirse en la horizontal de la biografía o aden-

trarse en la profundidad de la obra. El artista es, sin duda, el tipo humano en el que se equilibra esto que llamamos un poco restrictivamente *vida*—como si lo otro no lo fuese—, con la función íntima, quietista, de creación espiritual. En los extremos de este centro están, de un lado, el filósofo (filosofar es propiamente no vivir), y, de otro, el político.

La obra del poeta está entrañablemente unida a una biografía. Pero casi llegamos a pensar que esa vida, densa, es también un puro pretexto literario, ocasión de la obra.

Por eso Salinas analiza la poesía de Rubén sin pretender amarrarla con sentido positivista «a los hechos mortales, las mil acciones que el poeta va arrojando conforme vive, en cuanto simple ser humano, al fondo de cada día que pasa».

Sin embargo, el primer capítulo está dedicado en su brevedad a la configuración biográfica de Rubén Darío. Amores; la doble faz de su quehacer, periodismo y poesía, con declarado antagonismo entre ellos bien manifiesto en el poeta hispánico.

Lo central del libro (por serlo del poeta) es el «tema». Ese tema «sumido en la conciencia del artista, es obsesión, apoderada de su ánimo, vive en él y vive de él». A lo obsesivo de su presencia en la vida psíquica se ajusta lo reiterado de sus apariciones en la obra creada.

El tema de Rubén es el amor. Más que el amor, es todo lo que al amor le llega por vía de los sentidos y por los sentidos se satisface. Este puro deseo erótico, despojado de toda alianza espiritual, no puede dispararse hacia una amada única, ejemplar, en la cual se satisfaga por completo. Se podría decir que Rubén profesa «la doctrina erótica de la historia humana» propia de un *homo carnalis* frente al materialismo histórico del *homo œconómicus* marxista.

En unas páginas acertadas el autor nos muestra la arquitectura del mundo mediato, *imaginabilis*, que para la vida en ese tema se levantó Rubén: una Grecia que no es fiel a la versión de la Filología, una Grecia entrevista, casi creada desde un fondo temperamental apto para esa visión:

Tenemos sangre de sirenas
y de tritones
... ...
tenemos sangre de centauros
y satiresas.

Venus, los centauros. El cisne, «el olímpico cisne de nieve» enredado en jupiterinas aventuras, es para Rubén el símbolo de la po-

sesión. (Este símbolo del cisne, por cierto, viene ricamente ilustrado con versos, y hasta en la portada con un dibujo sobre cuyo gusto y conveniencia el criterio más campechano pondría reparos.)

Más mundos. Siempre detrás del ambiente exótico: Oriente, que además de inspirar sensualidad, estaba recién descubierto por la arqueología y la poesía.

Pero en el alma de Darío hay una terrible dualidad. *Pasó un búo sobre mi frente.* Se puede empezar por estar «triste de fiestas» y puede llegarse a cierto arrepentimiento. Salinas trata con delicadeza este aspecto del rescoldo religioso, católico, siempre mantenido en el poeta y avivado en su última época.

Una Psicomachia—muy española—se le aparece, pero no con el resultado de la de Prudencio.

En el capítulo X, con carácter de subtema, estudia la poesía social, advirtiendo diversos modos de sentirla, como son el modo histórico, el nacional, el político y el humanitario. En estas páginas afloran terminologías que encierran una situación espiritual frente a nuestro mundo de hoy. Este «nuestro» se puede concretar más en lo hispánico. El entusiasmo de Rubén Darío por la América española como realidad histórica una y múltiple; su amor a Nicaragua, «mi patria original», Chile, Argentina; su hispanismo, paladinamente cantado, son puestos de relieve por Pedro Salinas. Como es el primero en el dolor del 98, y el primero en agradecer al rey Oscar su ¡Viva España!

En cuanto a la técnica, Salinas no sólo hace el comentario amplio, de líneas y paisajes culturales; llega al detalle, se detiene en ocasiones ante una palabra, ante un gesto gramatical, si ayuda a esta hermenéutica de la poesía.

ANTONIO GÓMEZ GALÁN.

EL PREMIO «NADAL» 1947

El Premio «Eugenio Nadal» va adquiriendo cada vez mayor prestigio gracias al valor literario de las obras con él galardonadas, que se van superando unas a otras y, de seguir así, no tardará en convertirse entre nosotros en una verdadera institución, tan preciada

(1) PEDRO SALINAS: *La poesía de Rubén Darío.* (Ensayo sobre el tema y los temas del poeta). Editorial Losada. Buenos Aires, 1948.

cuando menos como otras que se han hecho famosas en el extranjero. Y en esta ocasión ha sido concedido por cuarta vez a una novela digna por todos conceptos de merecerlo (1), y que ha tenido el mérito suficiente para superar incluso a la de Pombo Angulo, *Hospital General*, que le va a los alcances, y literariamente no tiene mucho que envidiarle.

Para comprenderla debidamente—tanto a la obra como a su autor—hagamos constar, ante todo, que se trata de una novela del momento que vivimos, y con ella Miguel Delibes reintegra el modo narrativo a la mejor tradición de la novelística española, situándose, además, en la misma línea de la mayoría de los escritores contemporáneos, que se diría obsesionados por una preocupación humano-psicológica, que no siempre tiene de lo primero y acostumbra desvirtuar bastante lo segundo. Ahora bien, al entrar Delibes en esta corriente literaria contemporánea, lo hace observando una postura en cierto modo independiente, en la que se acusan dos características perfectamente definidas: el dar a esos dos términos señalados su más exacto y auténtico valor y el sustraerse al materialismo más o menos acusado que campea en las producciones de los representantes extranjeros de esa dirección. Por eso su novela puede ser calificada de psicológica en cuanto al problema que plantea, pero con un concepto de la psicología tal como se ha considerado siempre, sin preocupaciones freudianas de ningún estilo ni toda esa serie de morbosismos insanos hoy al uso; pero es, al mismo tiempo, esencialmente humana, con unos personajes que son seres arrancados de la realidad misma que todos vivimos, que obran y reaccionan como probablemente lo haríamos nosotros en identidad de circunstancias, y que si tienen su problema interior, especialmente el protagonista —base temática de la obra—, es un problema que responde a una génesis completamente normal y lógica dentro de las vicisitudes de su desarrollo, sin tener que forzar sentimientos que entonces sí que resultarían deshumanizados.

De dos partes perfectamente definidas consta el libro de Delibes, que pueden ser consideradas como planteamiento del problema y desarrollo y, en cierto modo, solución del mismo. En la primera se relata con tonos bastantes sombríos la infancia nada acogedora del protagonista, huérfano entregado por su tío y tutor a los cuidados y educación de un maestro avilés que posee un concepto de la vida completamente pesimista y mediocre, que inculca en el ánimo del

---

(1) MIGUEL DELIBES: *La sombra del ciprés es alargada*. Colección «Ancora y Delfín», núm. 38. Ediciones Destino. Barcelona, 1948. 333 páginas.

muchacho, y acaba por afianzarse a consecuencia del trágico destino de un compañero suyo que había llegado a serlo todo para él, y muere tuberculoso cuando más honda y estrecha era la amistad que los unía. La segunda parte no es sino la consecuencia natural del choque de esa concepción de la vida de quien ya es un joven lleno de exuberante vitalidad, contra lo que la vida misma le brinda, sus luchas por liberarse de ese pasado lastre interior que coarta su libertad de acción, el triunfo de la verdad a impulsos de un amor surgido de uno de sus viajes a América, y, cuando gracias a ello parecía superada la crisis, el derrumbamiento final producido por la muerte prematura de la esposa cuando esperaba el primer hijo, dramático acontecimiento que parece dar la razón a las teorías del maestro avilés que presiden la concepción de la obra, pero ante el cual reacciona esta vez el protagonista de un modo completamente normal y humano, entregándose a su dolor con una resignación verdaderamente cristiana.

Como se aprecia por lo expuesto, el tema de la novela es interesante y sugeridor, estando tratado por el autor con todo cariño a lo largo de un desarrollo, en el que se procura sea el propio protagonista quien explique las reacciones de su espíritu ante las diversas incidencias de su vida. Y aunque en algunos momentos se resienta de cierta artificiosidad—como la melodramática muerte de la mujer al final—, en conjunto es una obra casi lograda, con grandes aciertos psicológicos, bellas descripciones en torno al paisaje y ambiente de Avila y un estilo correcto y muy expresivo en los diálogos.

José Manuel Vivanco.